

NUESTROS MESTIZOS⁴⁹

De todos nuestros problemas el primero y el más trascendente es el del mestizaje y, sin embargo, como sucede siempre entre nosotros, es el que menos cuidamos hemos tenido de estudiar.

Lo extranjero nos cautiva, y lo propio apenas si merece nuestra atención.

Y ello no bastante, es imposible olvidar que la raza mestiza, tan poco estudiada por nosotros, es la base y la clave de nuestra nacionalidad. Aumenta ella cada día en número, en conciencia de su fuerza y en demostraciones de su preponderancia y nadie, ni el más ciego podría negar, que andando el tiempo, ella será la única que influya de modo determinante en el destino de México.

La raza indígena ya siendo absorbida poco a poco al mestizaje, y en cuanto a los criollos puros, su número disminuye de día en día por la misma causa; sin que, por otra parte, sea posible que su acción, escasa de energía y de perseverancia, contrarreste en forma alguna el impulso arrollador del elemento mestizo.

Este último, más tenaz, más resuelto, más firmemente ambicioso, tendrá que imponerse a los otros dos elementos raciales, por su mayor empuje, por su mayor capacidad para la lucha y también —preciso será decirlo— por sus menores escrúpulos. El mestizo, perteneciente a una raza joven y perfectamente adaptada a nuestro medio, quiere ascender, quiere “llegar”, y llegará hasta donde lo permita el máximo de sus posibilidades, a pesar de todas las resistencia y de todos los obstáculos.

La raza mestiza representa —como todos los sabemos— la amalgama, la mezcla, el choque de dos razas, de dos civilizaciones, de dos culturas. Es el choque entre el Oriente, estacionario, estoico, inconvencible, apegado a su tradición y enemigo de las reformas, y el Occidente, todo movimiento, todo dinamismo y todo evolución y cambio.

49 *El Universal*, 12 de abril de 1939.

En el mestizo se funden dos razas bien diversas y en más de un sentido antagónicas: la blanca y la indígena. La blanca impetuosa, dinámica, avasalladora, expansiva de suyo, de espíritu conquistador e imperialista; raza que todo lo quiere absorber, que todo lo quiere subordinar a sí misma: hombres y cosas, hombres de otras razas, hombres de otros países y los objetos todos, los elementos y las fuerzas naturales; raza de dominación y de conquista, fuertemente sensual, terriblemente inquieta y ambiciosa amiga de cambios y de novedades incesantes.

Y la otra raza —la indígena, de origen indiscutiblemente asiático— austera, frugal, mística, moderada en todo, paciente hasta el estoicismo, dulcemente hogareña, viviendo con placidez su vida interior, reconcentrada en sí misma, reclusa en sus tradiciones y en sus costumbres, creyendo firmemente en sus antepasados a quienes rinde culto: opuesta, por lo mismo, a peligrosas innovaciones y a cambios que interrumpan la calma de los siglos.

La raza indígena conformándose con poco para su vida física, aceptando las privaciones y el dolor estoicamente, viviendo por el espíritu y para el espíritu, por el hogar y para el hogar; y la otra —la blanca— enamorada incorregible de la aventura, de la innovación y del ensayo; ambiciosa sempiterna, sujeta a la doble tortura del sensualismo y de la inquietud; la cual pone todo su afán en la conquista de las comodidades externas y su ideal máximo en el aprovechamiento de las fuerzas y de los recursos naturales, para convertirlos en instrumentos de dicha y su vehículo para el placer. Raza que vive para lo externo, para adquirir fuerza y para desplegar fuerza; en tanto que la otra se reconcentra en lo espiritual y en lo interno.

Del choque de esas dos razas nació nuestro mestizo, misterio para sí propio y enigma para los demás. Muy inteligente, muy despierto, muy activo, pero atrozmente pasional y violento.

Mezcla singular de la hidalguía hispana y del rencor del indio, resulta el mestizo leal y generoso como amigo; como enemigo, implacable.

Nada más difícil que conocerlo a fondo, porque es una raza en formación, un verdadero crisol en que se agitan en ebullición constante, encontradas pasiones, opuestas inclinaciones, herencias y atavismos.

No me atrevo, portanto, a aventurarme solo en el laberinto del mestizaje. Escogeré, por lo mismo, tres guías, los únicos que ofrece nuestra escasa literatura vernacular: don Francisco Pimentel, el conocido polígrafo de la pasada centuria; don Lucas Alamán, el talentoso, si bien apasionado crítico de nuestras costumbres y de nuestra historia y nuestro contemporáneo don

Andrés Molina Enríquez, que tan claro veía en nuestros problemas nacionales, antes de ser víctima del contagioso influjo de nuestros comunizantes.

Don Francisco Pimentel, aristócrata de abolengo y criollo de pura cepa, hace, sin embargo, justicia a nuestros mestizos. Empieza por decirnos que es inexacto que los mestizos tengan forzosamente que heredar los vicios de las dos razas. Esto sucederá si se les educa mal: “pero cuando reciben buena educación, sucede todo lo contrario; es decir, heredan las virtudes de ambas razas”.

Esto lo dice el señor Pimentel de ciencia cierta, pues fue hombre que estuvo en íntimo contacto con el mestizo y con el indio.

“Mientras que el indio es sufrido el mestizo es verdaderamente fuerte: en el campo doma toros y caballos, en las artes es herrero, carpintero o cantero; en las minas, él es quien resiste las labores del “tiro” o de la hacienda de beneficio... El mestizo es valiente; de su raza salen los únicos buenos soldados en que confían los jefes mexicanos. Los rancheros del campo, los “léperos” de nuestras ciudades, son gente de un mirar firme y seguro... El mestizo es agudo, despejado y de fácil comprensión. En todo manifiesta más deseos de progresar que el indio.”

Lo más notable es que estas apreciaciones coinciden con las que hace otro criollo de la aristocracia, don Lucas de Alamán, el cual también nos presenta el mestizo como inmejorable para el servicio de las armas, no menos que para toda clase de oficios y artes mecánicas.

Para Alamán, los mestizos “son susceptibles de todo lo bueno y de todo lo malo”. Ello dependerá de la educación que reciban.

Don Andrés Molina Enríquez nos da la clave de la superioridad del mestizo. Como éste es de extracción plebeya, como no tiene de su parte ni el nacimiento ni la posición social ni riquezas heredadas de sus padres, se ve obligado a abrirse paso por sí solo, y “esa lucha por la existencia lo vigoriza”.

“Apenas puede encontrarse un mestizo que no tenga grandes propósitos”. Si es ranchero, sueña con ser hacendado; si es un pobre muchacho sin recursos, sostenido apenas por el trabajo de la madre o del hermano, sueña con ser abogado y llega a serlo; y si es soldado “que entró a las filas sin saber leer ni escribir”, pone su ilusión en llegar a ser general, y muchas veces lo logra.